

3 - EL NUEVO MUNDO

CRUCITA LA PARLANCHINA COMIENZA SU ANDADURA

EXCURSIÓN AL PUEBLO

DISERTACIÓN SOBRE EL PAPEL DE LA LITERATURA

PASEO POR EL BOSQUE

EL AÑO DEL QUINGENTÉSIMO

CRUCITA LA PARLANCHINA COMIENZA SU ANDADURA

Ustedes, quienes me miran desde el otro lado del espejo eterno, el otro lado de esta página de papel que recorren sus ojos y sostiene entre sus manos, ¿creen que mis balbuceos son gu-gú, ga-gá, ¡rrrrró...!, ¡juuuuhhhhhh...! y expresiones parecidas? Pues sí, podrían serlo, y de hecho lo eran hasta hace poco. Yo hacía gu-gú, desde luego, lo hacía con mucho cuidado y cuando alguna cara me observaba desde allí arriba, y quien me miraba sonreía..., porque a mí lo de hablar siempre se me ha dado muy bien; desde pequeña.

Yo aprendí a hablar a la edad en la que lo hacen todos los niños, y a gatear con soltura. En cuanto me pusieron en el suelo salí corriendo y todos me persiguieron, ¿adónde va esta niña? Como el suelo era mullido me encontré muy a gusto, reconocí el terreno al instante, pero no me dejaron llegar ni a la puerta, y eso que estaba cerrada. En seguida me levantaron en vilo y me colocaron en el lugar de procedencia, de forma que tuve que volver a intentarlo. Con mi inigualable agilidad recorrí la habitación en menos que canta un gallo, y luego lo hice varias veces más. En una de ellas me enganché con un cable y un objeto cayó a mis espaldas, creo que fue el teléfono, y entonces me devolvieron a la cuna, al serón, al capacho, todo es lo mismo, en donde estuve recapacitando sobre la transitoriedad de los fenómenos terrenales, pero de aquellas aventuras hace bastante tiempo y no me apetece acordarme.

Yo ahora estoy aquí, en la cuna, en mi alto lecho, y ustedes me miran, sí, me miran desde ahí arriba, aún más arriba, y yo les saludo: hola, ¿cómo están? Yo haría una reverencia si pudiera, pero todavía soy pequeña. Para hacer esas cosas hay que estar de pie y cogerse el borde de la falda con dos dedos, y yo estoy echada y todavía no sé hacerlo, aunque con el tiempo aprenderé.

¿Me ven aún? Yo no estoy de pie cogiéndome la falda con los dedos, eso se lo han imaginado ustedes. Donde estoy, como ya dije, es en la cuna. Yo estoy aquí, en la cuna,

en mi alto lecho, y miro atentamente a la cámara que tengo encima. Yo soy el persistente reflejo que les decía antes, una niña pequeña hablando desde una hoja de papel. Estoy a un lado de esta página y usted al otro, ahí enfrente. Todos ustedes me ven, ¿no es así? Tengo los ojos azules y el pelo ensortijado como las vedijas de los ángeles del catolicismo, pero eso ya lo saben quienes me miran desde lo alto porque lo han leído antes. Además, tengo los papos rosáceos como las niñas de los pueblos soleados, parece que me los han pintado; quién sabe si no me los han pintado las amigas de Maná, ¡capaces son!

Las amigas de Maná son las que más compañía me hacen, siempre viene alguna por aquí a decirme cosas y traerme chupetes y chaquetas. Las amigas de Maná son muchas y diferentes. Hay una que se llama Rosa y es grande y alta. Ocupa mucho espacio, lleva el pelo del color de la caoba y está allá arriba allá arriba... (Yo la veo como en una película, mi película, la película de todos los días, esta de la hoja de papel que nos distrae a usted y a mí). Pues Rosa es grande y alta y parece una gigante. ¿Parece una gigante o es una gigante? Una vez vino con un señor trajeado que era un enano, y de mayor leí sus andanzas: *Érase una vez una gigante que se enamoró de un enano...* Así empezaba el cuento, pero ya no me acuerdo de lo que pasaba, no debía de pasar mucho; a lo mejor no pasaba nada y se acababa nada más empezar. Eso también es posible, y entonces se podría llamar el anticuento de la buena pipa. El cuento de la buena pipa es muy conocido, pero su contrario no se le suele contar a ningún niño porque se aburriría.

—Érase una vez una gigante que se enamoró de un enano.

—¿Y qué más?

—No, nada más.

—Bueno, pues cuéntame otro.

—¿Quieres que te cuente el cuento de la buena pipa?

Eso me decía la primera chica que se ocupó de mí. Se llamaba Altisidora, pero esto, lo del nombre, sucedió casi

de milagro porque su padre le quería poner Chochito; lo que pasó fue que no le dejaron. El alguacil que había aquel día al otro lado de la ventanilla en donde la fue a inscribir se negó en redondo a apuntar el nombre sobredicho.

—¿Y esto es una democracia? ¿Y para esto tenemos una Constitución...? Haga usted el favor de escribir lo que yo le digo —pero el otro se negó y no hubo quien le convenciera.

En vez de ello, le dijo,

—Pero, hombre, recapacite usted. ¿Cómo le va a poner semejante nombre a la niña? Lo primero es que están prohibidos los términos malsonantes, y lo segundo, que cuando la niña crezca...

—¿Qué?

—Pues que cuando la niña crezca, lo más probable es que le pegue a usted un hachazo en mitad de la frente.

—¡Ave María Purísima!

Y ante tales términos, su padre, al que yo conocí un día cuando era muy pequeña (y por lo tanto casi no me acuerdo de él; sólo sé que era chaparro y cejudo y peón caminero), decidió ponerle Carretera Secundaria.

—Carretera Secundaria no es mal nombre, ¿verdad? Es la que pasa por el pueblo, y así todo el mundo la tendrá presente —pero aquella nueva ocurrencia tampoco prosperó porque su mujer, la madre de la criatura, la madre de Altisidora, le dijo que era mejor Autopista.

—¿Te imaginas? Autopista..., ¡qué maravilla! ¿Tú crees que nos dejarán ponerle Autopista?

... y cuando fueron a preguntar resultó que no, que tampoco, de forma que se llegaron a la casa del cura y le pidieron consejo.

—Por favor, señor cura, ¿no tendrá usted un santoral a mano? Mi marido y yo queremos saber si existe una Santa Autopista. ¿A usted qué le parece? ¿Le suena?

Pero al cura no le sonaba ni tenía un santoral a mano.

—¿Qué les parece a ustedes si cogemos un libro cualquiera...?, abrimos por una página indeterminada..., y he aquí lo que nos ha reservado el Destino... Lea, lea usted

aquí —y la mujer del peón caminero, dificultosamente, leyó,
—*Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.*

Sí, leyó eso que acabo de decir. Espero no haberme comido ninguna palabra porque la frase se las trae, pero así fue la cosa y a los pocos días se celebró el bautizo y el ingreso de la niña en la vida civil, estado que se ha prolongado felizmente hasta el día de hoy, según creo.

La cuna tiene un dosel porque es la cuna de cuando era pequeña... Eso tampoco importa mucho y no sé para qué lo digo; lo que importa es mi nueva cuidadora. No es una muchacha como la que tuve antes, durante una temporada, mi amada Altisidora, la del cuento de la buena pipa. Ella era joven y ya me había acostumbrado a ver su cara redonda, pero no sé qué pasó que no ha vuelto; algo debió de pasar. Esta, la nueva, es una negra vieja que ha venido de ultramar; es una negra vieja como la de *lo que el viento se llevó*. Bueno, no, mejor: es una señora cubana que en su juventud hacía puros; aún le huelen las manos a tabaco. Es una señora mayor que habla con la zeta y todo lo pide por favor. Se llama Quimera y yo me llamo María de la Cruz, o sea, Maricruz. Maricruz es nombre de gallina, me lo dijo una vez Palmira. Yo tengo una gallina que se llama Maricruz; también tengo otra que se llama Mariantonia, y el año pasado tenía una muy buena que se llamaba Pilarín, pero a esa la mató el raposo. En algunos lugares de las Asturias de Monticola, el Rockero, al raposo le llaman garcía; tiene gracia. ¿Seré yo una gallina y no me habré dado cuenta? A lo mejor no se ha dado cuenta nadie, ni Maná ni Quimera, que lo saben todo.

—No, mi niña, tú no eres una gallina. Ni siquiera eres como una gallina. Tú eres más bien como uno de esos voluptuosos angelotes del catolicismo, y cuando seas mayor te llevaré a una iglesia para que los veas por ti misma. Están todos pintados por las paredes y el techo. Ahora no puedes porque las niñas pequeñas no pueden entrar en las iglesias,

lo prohíben las más elementales normas, pero todo llegará – y salió; Quimera es de lo más discreta y sentenciosa.

Mi primera muchacha, la célebre Altisidora, tenía trenzas, eso que ya casi no se ve, y coloretos como las niñas de los pueblos soleados, porque ella es de un pueblo soleado, el pueblo de Maná. El mío también, pero yo no nací allí y he ido pocas veces. Por lo que recuerdo fuimos el verano pasado, y mis rizos causaron sensación. Mi abuelo-abuelo me llevó de paseo en una sillita desvencijada, ¡qué silla más antigua! Me paseó por todo el pueblo y me presentó a la totalidad de las fuerzas vivas. En estos sitios deben de ver pocas niñas rubias y de ojos azules porque la gente se hartó de decirnos cosas en todos los idiomas, la mayoría ponderativas exclamaciones sobre mi anatomía, y las amigas de mi abuela me cogieron en brazos y me vapulearon. Me pasé la tarde entera dando saltos de un regazo a otro y me mareé un poco. Menos mal que luego llegó la noche y nos fuimos a casa.

La casa no es como la nuestra. En la que yo vivo hay mullida alfombra en todas las habitaciones por la que se puede gatear, correr y hasta caerte al suelo muerta de risa, pero en la de los abuelos el suelo es de dura piedra arrancada a las montañas y hay que tener cuidado; yo siempre voy pegada a la pared, por si acaso. Cuando estábamos allí, después de un buen rato de conversación en un patio cubierto de plantas, la abuela dijo a mi hermana,

–A la niña hay que asignarle un cuarto. Sí, mujer, la niña tiene que tener su cuarto, como todos. Vamos a buscarlo. ¿Vienes conmigo, Crucita?

Entonces recorrimos toda la casa, que no se acababa nunca, buscando el que más me conviniera. Nos asomamos a varios y al final entramos en uno que estaba oscuro y vacío. La abuela abrió las contraventanas, que eran de maderas que pesaban mucho, y me dijo,

–¿Te gusta este? Está al lado del de Maná.

Yo miré a mis vastos alrededores y contesté,

–Sí, me gusta mucho; es muy grande.

–Bueno, pues este es tu cuarto. Ahora tenemos que traer una cama y una mesa y una silla, ¿no?

–Eso.

–Bueno, pero tú y yo no podemos con ellas, así que vamos a decir a tu hermana y a tu abuelo que nos ayuden. Ya verás, ven conmigo –y fuimos a buscarlos cogidas de la mano por un pasillo que parecía una iglesia.

Eso fue la primera vez que estuve allí, pero luego he ido más veces y el cuarto siempre estaba como el primer día, con la cama, la mesa y la silla, y encima de la mesa un florero con flores muy bonitas y que olían muy bien, y el abuelo, al final, al cabo de los días, cuando nos íbamos a ir, me regaló una liebre en una jaula.

La liebre estaba bien, estaba sana y no paraba de comer hierba que le traían del parque, pero para mí que no se puede tener una liebre en una jaula en la terraza porque la pobre, con el tiempo, desmejoró bastante, seguramente por la falta de ejercicio, y cuando se negó en redondo a volver a comer, aunque fuera hierba recién segada, Maná me dijo,

–Vamos a devolver a la pobre liebre su libertad.

Nos fuimos en coche al campo, yo en la silla y la liebre en su jaula, a mi lado. Anduvimos bastante rato y al final llegamos a las estribaciones de una cadena montañosa.

–Oye, Maná, ¿eso es una cadena montañosa?

–Sí, ¿ves? Ahí arriba están los siete picos, fíjate cómo nos miran, y aquí abajo, en la falda, entre todos esos cantuesos y todos estos tomillos, estamos nosotras y la liebre. Ahora abrimos la puerta de la jaula...

... y la liebre, aunque podía hacerlo, al principio no quiso salir. Miró recelosamente la parte de fuera, olfateó el aire que la circundaba, dio dos pasos..., bueno, un salto y medio..., y salió con cuidado y se sentó en el suelo enfrente de nosotras, mirándonos. Como habíamos hecho amistad a lo mejor no quería irse, pero al fin se decidió, y de la forma que tienen las liebres para hacerlo nos dijo adiós.

–¡Adiós, amigas, hasta siempre! –y salió corriendo y se metió entre los matorrales cercanos, en donde desapareció.

–Adiós, liebre que nos hiciste compañía. Que te vaya bien.

Nosotras nos quedamos un poco apenadas, es verdad, pero como hacía sol no volvimos a casa. Nos sentamos en el suelo a pensar y estuvimos respirando.

–Respira, respira... ¿A qué huele?

–Pues huele como a colonia.

–Sí, huele como a colonia, huele a todas estas plantas que tenemos alrededor. ¿A ti te gusta tomar el sol?

–¿A mí...? Sí. Lo que pasa es que mucho rato es un rollo.

–Bueno, pues cuando te canses coge plantas de estas que hay por aquí y las metes en una bolsa.

–¿De cuáles? ¿De esas?

–Sí, y de esas, que luego las ponemos en casa y ya verás lo bien que huelen –y yo procuré esmerarme, y cuando nos fuimos, por el camino, a la vuelta, me fue contando un cuento –bueno, a lo mejor era verdad– de una liebre que tuvo ella de pequeña.

–A aquella nos la comimos.

–¿Os la comisteis...? ¡Hala!

–Sí, mujer, las liebres están muy buenas, sobre todo guisadas con el hígado y la sangre, y aquella tenía una pata rota. La pobre ya no podía correr por el monte, así que un día la abuela la mató e hizo con ella un pastel. Hizo una pasta y modeló una liebre. Parecía de verdad, y estaba más buena... Pero a esta era mejor dejarla que se fuera, ¿no? A esta no le sucedía nada y aún le queda mucha vida por delante...

Aunque para cuentos también está el del Rockero que me enseñó a silbar; es facilísimo. Te metes dos dedos en la boca..., bueno, hay que saber metérselos, pero lo aprendes en seguida..., soplas y ya está, suena un silbido que mira todo el mundo. Lo único malo es que el Rockero me ha dicho que cuando se me caigan los dientes, dentro de unos años, no podré volver a hacerlo, pero ya lo veremos. A lo mejor se ha confundido y puedo seguir haciéndolo hasta de mayor.

Yo soy muy pequeña y a las niñas pequeñas no nos suelen decir nada, pero un día Maná, que estaba guardando cosas en una bolsa, muy seria y con la cara rara me dijo,

–Me voy. Voy a estar dos o tres días fuera. Tú te vas a quedar con Quimera y te vas a portar bien, ¿verdad? Te vas a portar mejor que cuando estoy yo. ¿Me escuchas, Crucita? –y yo fui corriendo y dando saltos.

–Sí, Maná... Oye, ¿adónde vas a ir? –y ella se agachó, se puso a mi altura y me dijo,

–Voy a ir al pueblo, porque la abuela... ¿Te acuerdas de la abuela?

–¡Pues claro! –y Maná, después de pensarlo, dijo,

–Pues la abuela... se ha ido al Cielo –y yo no supe qué decir porque estas situaciones son comprometidas.

–¿Se ha ido al Cielo...? ¿Como mi madre...?

–Sí, hija, como nuestra madre, ya ves... –y Maná me miraba con una cara tan rara que preferí no seguir preguntando, aunque luego me las apañé para enterarme.

Algunas cosas me las contó Quimera, y algunas otras Maná, cuando volvió.

–¡Qué desgracia, mi niña, qué desgracia...! Tú a tu abuela no la habías visto mucho, pero tu hermana... Para ella era como su madre..., y morirse así..., de repente... –lo que no entendí, porque yo creía que todo el mundo se moría de repente.

–Oye, Maná, ¿y qué sucedió luego?

–Pues nada. Hubo un entierro, al que fue casi toda la gente del pueblo, y yo me he quedado unos días con el abuelo para que no estuviera solo al principio... El abuelo, el pobre, no tiene a nadie.

–¿Vive solo?

–Sí, claro, ahora vive solo.

–¿En esa casa tan grande?

–Sí, allí se ha quedado... Bueno, tiene a los perros... –y aquí hubo una pausa.

–Oye, y el abuelo...

–¿Qué?

–¿Sabe hacerse la comida? –y Maná se rió, se rió un poco y me dijo,

–Sí, mujer, por eso no hay problema. Además tiene bastantes amigos de su edad..., ya sabes, señores mayores..., y a su hermano Sebastián.

–¿Su hermano... Sebastián...? ¿Yo le conozco?

–Pues no sé. Le habrás visto cuando has ido al pueblo. ¿No te acuerdas de él? –pero yo no me acordé.

El caso fue que Maná se volvió a casa, aunque antes le dijo que viniera a vivir con sus nietas, o sea, con nosotras, pero el abuelo no quiso. Maná se lo explicó todo bien. Le dijo, te aseguro que allí no hay ningún problema, tenemos una casa grandísima y ningún hombre por las cercanías, pero él no quiso irse del pueblo. ¿Qué iba a hacer allí? Yo estoy acostumbrado a esto y ya es tarde para cambiar. Además, no puedo dejar a tu abuela aquí, pero si queréis hacer algo por mí, venid tu hermana y tú a verme cuando podáis. No te digo que vengáis todos los días, sólo cuando podáis, porque ahora ya no estamos tan lejos, ¿verdad?, hoy en día no hay distancias. Así es, abuelo, hoy en día las cosas han cambiado mucho, ya no hay distancias; así le dijo.

–¿Qué te parece?

–Pues que... ¿No vamos a ir a verle?

–Sí, claro que vamos a ir. Muchas veces, ya lo verás.

–Pero..., ¿mañana?

–No, mañana no, mujer. ¿Cómo vamos a ir mañana? Tú tienes que ir al colegio y yo tengo que ir al mío, pero iremos en cuanto podamos. La semana que viene, ¿quieres?

–¡Sí!, pero..., ¿ya no está la abuela?

–No, hija, la abuela ya no está –y yo lo pensé y al final tuve que conformarme.

–Bueno.

En la época que cuento vivíamos en una casa muy grande. No tanto como la del pueblo, la de los abuelos, pero sí bastante buena. Ocupábamos casi una planta entera de un lujoso edificio, la planta alta, la de arriba del todo. El edificio era tan bueno que tenía hasta jardineras de cemento lle-

nas de flores, y en uno de los lados vivíamos Maná, Quimera y yo, y en el otro Maná tenía instalada su oficina. A mí, al principio, no me dejaban entrar en él, pero luego empecé a ver por la terraza que algunas gentes se aposentaban en ella, al otro lado. Como había un plástico medio transparente en mitad algo se veía, algo se intuía, y una vez vi a uno de corbata, ¡qué raro es eso!, mucha gente lleva corbata y yo no sé por qué..., pero mis investigaciones no duraron mucho porque un día llegaron unos señores con aparatos y ladrillos y cambiaron el plástico por una pared. Lo hicieron muy rápido, pero Quimera se enfadó porque manchaban. ¿Manchaban? La verdad es que no mancharon casi nada, pero Quimera, así y todo, se enfadó un poco.

—Y ahora, ¿quién limpia esto...? Quita, niña, quita, que te vas poner hecha unos zorros. ¡Ay, Dios mío!

... y otras veces, cuando está algo cansada porque revuelvo mucho, ¡claro, qué voy a hacer!, es ley de vida, lo que dice es,

—Niña, mi amor, vete a ver la televisión —pero esto sólo me lo dice Quimera, porque Maná no quiere que contemple la pantalla de los mil colores.

Cuando era pequeña lo que hizo fue abrir el aparato por detrás con un destornillador —nunca hagas eso, te puedes quedar pegada para siempre, me lo dijo una vez el Rockero, pero ella lo hizo— y quitó una de las piezas. Desde entonces allí sólo se veían rayas y los mil colores se convirtieron en unos diez o doce. A veces la encendía, pero me aburría en seguida. Yo le decía,

—Maná, lleva a arreglar la televisión.

—Pero si no tiene arreglo, mujer.

—¿Cómo no va a tener arreglo? Seguro que todas las cosas tienen arreglo.

—Pues esta no.

... y Monticola el Rockero, una tarde que estuvo por aquí haciendo cigarros de los suyos, me dijo lo mismo.

—Me parece que ese asunto, en efecto, no tiene solución.

El Rockero, y esto lo sé desde pequeña, se expresa co-

mo un libro abierto.

—¿En efe qué...?

—En efecto, niña, en efecto. ¿Tú no sabes lo que es en efecto?

—No.

—Bueno, pues siéntate ahí y acábate el batido.

—¿El batido...? ¡Oye, si no es un batido, que es un plátano...!

—Bueno, pues da igual. Acábate el plátano.

A mí siempre me ha parecido que los telediaros son el mayor acto de propaganda de los ricos. Allí salen unos señores repeinados representando el guión de los ricos. Los señores que salen son los locutores y los políticos, que también son locutores, locutores del punto de vista de los ricos, no hay más que oírles. Yo empecé a darme cuenta de esto cuando era pequeña, muy pequeña, en cuanto oí diez o doce de aquellos telediaros.

—Maná.

—Qué.

—¿No te aburres?

—No, mujer. ¿Por qué?

—Pues por eso que dicen...

—Bueno, es que esto son cosas de mayores..., y baja los zapatos del sofá, niña.

Pero lo que digo no se para en los telediaros, el periódico parlante de los ricos, qué va. Ahora resulta que al recreo le llaman no sé cómo, de una forma rarísima. Yo sólo tengo cuatro años, pero ya me parece que aquí alguien se ha vuelto loco, y si esto es así, cuando sea mayor, ¿qué pensaré? Yo quería tener un recreo como el de los niños de siempre, y un día se lo dije a Maná.

—Oye, Maná, que yo quiero tener un recreo como el de los niños de siempre. En ese colegio es un rollo...

—¿Por qué?

—Es que le llaman no sé qué...

—¿Cómo le llaman, mujer?

—Pues no sé... Mira, pero lo tengo aquí apuntado, en este

papel –y le enseñé un papel que nos habían dado en el colegio para que, a guisa de información, se lo diéramos a nuestros padres, y allí lo ponía.

–¿Qué pone aquí?

–¿Dónde?

–En lo grande.

–Pues pone, SEGMENTO DE OCIO.

–¿Ves? Eso decía yo... Oye, Maná...

–Qué.

–Que qué significa eso.

–¿Cuál?

–Pues lo de segmento no sé qué... –y Maná, porque yo creo que la estaba mareando, me dijo,

–Bueno, pues si quieres, no vayas más al colegio, ya buscaremos otro. Total, allí no os enseñan más que tonterías... –pero yo protesté.

–No, Maná, porque si no voy, ¿cómo aprenderé lo que significan las letras? –y ella me dijo,

–Pero tú, ¿para qué quieres saber lo que significan las letras? –y yo, la verdad, me quedé un poco atascada, pero al final dije,

–Pues... *pa* leer eso..., lo de eso... Es que no me acuerdo ya.

... de forma que fue Maná, bueno, y Quimera y Rosa y tantas otras personas, hasta el Rockero, quienes pasaron por allí y me explicaron lo que significan esos signos negros sobre fondo blanco. Lo que me dijo Rosa fue,

–Yo no me llamo Rosa. Me llamo Rosa Rose. ¿Lo entiendes? –y yo..., por supuesto que lo entendía.

También me dijo,

–La erre con la o... –y yo, contentísima, gritaba,

–¡Rrrróooo! –y ellos se reían, claro, porque a todos nos gustan los niños que hacen monadas.

Luego decía,

–Y la ese con la a... –y yo me aceleraba.

–¡Sáaa...! –y todos gritaban.

–¡Eso, hija, eso! ¡Rrrró...!, ¡sáaaa...!

Menudas juergas nos trajimos con lo de las letras durante una temporada, el Rockero de los que más.

—O sea que quieres aprender a leer.

—Sí.

—Pues ya puedes empezar a comprarte libros.

—Me los compra Maná.

—¿Te los compra Maná?

—Sí, los que yo le digo.

—Ya, pero eso son libros de dibujos y tú necesitas libros de letras. ¿No te has fijado en que las letras son dibujos?

... y me hizo mirarlas con una lupa y la verdad es que sí, las letras son dibujos, son rayas y puntos. Las letras son sólo dibujos trazados por manos humanas y los perros no saben escribir... ¡Huy, qué risa!, no, ¡cómo van a saber...! Los perros no saben escribir ni creo que aprendan en la vida. ¿Y las gallinas...? Bueno, las gallinas a lo mejor sí pueden aprender.

—¿Tú podrías enseñar a leer a una gallina?

—Pues no sé, pero una vez vi en el circo a un caimán que cantaba canciones mexicanas.

—¿Sí...?

—Sí. Y a un mono que adivinaba el futuro.

—¿Síiiii...? ¿Tú vas al circo?

—Claro. ¿Tú no?

—No, yo no he ido nunca.

—¿Quieres que te lleve un día?

—Bueno, pero contigo, ¿eh? Tú también vas...

—Sí, mujer, claro. ¿Qué te creías, que me iba a quedar en la puerta? Vamos los dos como unos señores.

—Eso. Y llevamos a Maná, ¿eh?

—Hombre, por supuesto; y a Quimera, si quieres, también —y yo lo pensé un poco pero no me pareció lo más acertado.

—No, a Quimera mejor no.

—¿Por qué, mujer? Si seguro que le gustaba... —y yo lo pensé de nuevo.

—¿Está sucio el circo?

—¿El circo...? Qué va, está limpiísimo.

... pero si Crucita la parlanchina, que soy yo, comenzó hace poco su andadura, resulta que su hermana Anastasia no le va a la zaga. Ella nació hace cierto tiempo y ya ha corrido mucho por la superficie terrestre, aunque no se para en barras. Véanlo ustedes mismos.

* * *

Un día tía Conchita me llamó y me dijo... Bueno, no, mejor lo voy a contar de esta otra forma: resulta que en el país de los ciegos el tuerto es el rey... Bueno, no, tampoco. Para no liarme lo voy a contar de una manera normal, ¿por dónde había comenzado...? Da igual; yo quería hablar de mis negocios y mi forma de vida y supongo que acabaré haciéndolo, pero es que aquello fue muy complicado. A mí, que había comenzado con un modesto chiringuito —el sindicato del crimen, ustedes lo recordarán sin duda, antes la guerra de las galaxias, una cosa que no estaba mal y con la que iba tirando, aunque hubiera que fregar mucho—, de repente se me vino encima un imperio.

—Venga, no exageres.

—No, si no exagero nada, es que todo sucedió muy rápido. De la noche a la mañana dejé de ocuparme de las labores propias de mi sexo —vamos, quiero decir mi condición; sí, eso está mejor dicho— y me puse a desempeñar tareas docentes y administrativas. Esto sí que está bien dicho, aunque no sé si se entiende del todo. ¿Tú lo entiendes?

—No.

—Bueno, pues si sigues leyendo a lo mejor llegas a entender algo, que tampoco es tan difícil, porque lo que sucedió fue que tía Conchita tuvo una idea de las suyas. Mi tía Conchita, como sabe todo el mundo, hacía milagros, y aquella vez hizo uno sonado y que cambió mi vida; hele aquí.

Un día, como había empezado a decir, me llamó y me dijo, ven a casa cuando puedas, y cuando me tuvo ante sí,

después de mirarme en silencio detenidamente, de sopetón fue y dijo,

–¿Te molestarías si te dijera que se te están empezando a poner maneras de fregona? –cosa que a mí, que hasta me había vestido para la ocasión, me sentó como un tiro.

No supe si enfadarme o echarme a llorar, y si no lo hice fue porque no soy nada amiga de melindres, que si no..., pero ella no me dejó ni respirar.

–¿Nunca te han dicho que eres muy guapa?

Yo torcí la boca.

–Sí, muchas veces.

–Pues es cierto, Nastasia. Eres una chica muy guapa, y además mi ahijada y la hija de tu madre, mi prima..., pero por ese camino que llevas vas a dejar de serlo muy pronto. ¿Qué piensas?, ¿estar toda la vida en este plan? Si sigues así se te van a acabar poniendo las manos como a las lavanderas de Portugal, mira quien te lo dice y lo que sabe, y piénsalo, eso me parece que no le hubiera gustado nada a tu madre... Y a Crucita, piénsalo también... ¿Tú crees que será de su agrado descubrir algún día y por sus propios ojos que su madre se dedica al ramo del fregoteo? Porque tú eres su madre... –y tía Conchita, sin quitarme ojo, hizo una pausa y añadió–. Eso sin contar con que en esta vida hay otros oficios no tan matadores...

Así empezó aquel asunto, que había de prolongarse en el tiempo. De repente mi tía se volvió empresaria, pero empresaria a lo grande, y es que fue por aquel entonces cuando conoció a una serie de personajes más o menos solventes que la encaminaron por la buena senda, un hito en su vida, y en la mía. Entonces estaba a la orden del día darle sin descanso a la máquina del Banco de España y había muchísimo dinero en circulación. Los políticos –los altos cargos por supuesto, pero también los intermedios, y hasta los concejales– llevaban todos visas oro en el bolsillo y de ello se beneficiaba el país entero; vamos, el país entero tampoco, pero la rama de la hostelería sí, y de la del puterío no digo nada. Esto es algo clásico, algo que yo creo que llevamos

arrastrando desde los cartagineses... ¿Me entiendes ahora?

—Pues sólo a medias.

—Bueno, es lo mismo. España es un país de alterne, no me digas que no. Aquí, ¿cuándo no es fiesta? Nadie da ni golpe, y el personal en conjunto está permanentemente escaqueado y en espera de la ocasión propicia. Las copas son baratísimas. El ruido, gratis. De las putas no digo nada; está todo lleno de gentes de países atrasados que te lo hacen por cuatro duros, y eso sin hablar de las aborígenes... Sin embargo, un piso vale un Potosí, y de la comida en condiciones mejor ni hablar porque es un tema que a nadie interesa. ¿Te crees que tu tía es tonta? Pues no. ¿Sabes que en los últimos meses he alquilado dieciséis pisos? Cada vez que haya elecciones... ¿Cada cuánto tiempo hay elecciones?

—No sé. Me parece que cada cuatro años.

—Bueno, pues cada cuatro años, por lo menos las primeras veces, podemos renovar el alumnado. ¿Qué te parece?

Ella se sentó en el sofá y me dijo,

—Siéntate tú también, ¿no? Oye, ¿sabes que ya tengo cincuenta años? Los cumplí hace quince días y no me llamaste... Bueno, eso no importa. Hice una fiesta y nos lo pasamos muy bien, así que no te voy a reñir. Ahora escúchame. Lo que yo quiero es dedicarme a navegar por las altas esferas y no tengo tiempo para nada más. Tú sabes de esta empresa casi tanto como yo, por lo menos de las cuentas, así que, ¿por qué no dejas todo lo que estás haciendo y te dedicas a esto? Puedes organizar una oficina, si quieres, que te va a hacer falta. Yo te presento a los personajes clave y tú los toreas, ¿vale? Si te parece, puedes empezar mañana mismo —y así fue.

—Don Germán, mire, ¿no conoce usted a mi sobrina Anastasia? Es mi apoderada —y a don Germán, un preboste que tendría la edad de Monticola, más o menos, se le pusieron los ojos a cuadros.

—¿Anastasia...? ¡Pero que calladas tiene usted estas cosas, doña Concha, hay que ver...! Bueno, hija mía, y tú, ¿dónde has estado todos estos años? —me dijo al tiempo de

besarme la mano con renacentistas ademanes...

¡Cómo son los mandamases de todos los tiempos! Algunos de aquellos tipos, al principio, me dieron un poco la lata, pero yo me las ingenié para sacudírmelos de encima con toda la astucia de que fui capaz.

—No, don Roberto, ya sabe usted que para eso están las empleadas. Eso sí, si quiere yo le acompaño al bar a tomar unas copas y hablamos de lo nuestro. Ahora tengo un rato libre —y él estuvo de acuerdo.

—Sí, hija, muy bien. Te invito a una copa y me cuentas tu vida —y como estuvimos bastante rato se la conté; vamos, no toda; le conté algunos sucesos, casi todos mentira, y él, para compensar, otros, seguro que también mentira.

—Pues resulta que el comisario político que el partido tiene en televisión para vigilar a los ingenieros es técnico en soldadura. ¿Eh?, ¿qué te parece? Pero esto sería lo de menos. El alcalde de una capital de provincias se dedicaba hasta hace poco a arreglar pinchazos a las bicicletas... Yo no digo que ese sea un oficio denigrante, no, ¡cómo iba a decirlo!, pero vamos, tampoco parece lo más adecuado. Y los delegados y los comisionistas, debe de ser para despistar, van con tupé y patillas en forma de hacha. Conozco a uno al que sólo le falta el parche en el ojo... —y don Miguel me miraba...

—¿Cómo don Miguel? ¿No era don Roberto?

—Ah, eso, sí, pero la verdad es que no importa mucho, eran todos muy parecidos, todos con negocios y con cosas... ¡Hay que ver lo que da de sí la famosa maquinita del Banco de España!

Uno o dos años enteros —al principio— a polvo semanal salen unos cien, que tampoco es para tanto; en realidad es una cifra ridícula. La mayor parte de la gente ha follado mucho más y no lo dicen ni le dan ninguna importancia. Además, siete años llevando un bar, otros dos o tres fregando sin parar, incluso escaleras... La mayoría (de los fregoteos, se entiende, y de los polvos) me los podía haber ahorrado, es cierto —aunque entonces hubiéramos vivido en la

miseria—, pero de algunos lances que me sucedieron, aunque sean los menos, no digo lo mismo. ¡Yo y mi sindicato del crimen...! Al principio era la guerra de las galaxias, pero luego fue el sindicato del crimen el expreso que me condujo por la vida adelante hasta alcanzar el vergel en que me encuentro.

—¿Vergel?

—Bueno, sí, vergel, pero no conviene confiarse. Quizá sea mejor decir densa selva poblada de traidores animales salvajes, porque en la jungla urbana no habita la diminuta víbora de cuernitos, esa de la que hablan los libros modernos de caballerías, no, qué va a habitar. La que habita en la jungla urbana es la mujer del especulador, la prima del mafioso y la querida del comisionista, y para ellas, y para que todos estuviéramos contentos, montamos un taller de reparaciones, una idea que me vino de pronto y mi tía aprobó. No es que fuera gran cosa, pero con el tiempo prosperó y abrimos varias sucursales en la zona centro, ¡y entraba cada carroza...! Bueno, para qué voy a decir más, que sobre estos asuntos es preferible correr el tupido velo del templo de Salomón.

Yo manejaba todo aquel cotarro, el de las academias de educación, los talleres de reparaciones, nuestras santas casas, su intendencia y algunos otros cabos sueltos de la empresa —eventuales flecos que iban y venían—, y lo manejaba con soltura porque lo único que había que hacer era sumar y restar; a veces también multiplicar y dividir, pero pocas, y de todas formas tenía unas calculadoras buenísimas y varias ayudantas. Organicé una oficina, primero en un piso que alquilé, y luego, con los años, en un chalet en el extrarradio, y allí me desenvolvía, daba órdenes, hablaba por teléfono sin parar...

Pues sí, la verdad es que a mí se me apareció la Virgen, y eso que no había hecho muchos méritos, pero al final resultó que yo de puta —estrictamente hablando—, o de fregona —que es peor—, estuve poco, estuve lo justo. En seguida, correctamente advertida por mi mentora y consejera, me hice

madame, que es mucho más descansado y productivo. Vamos, me hice mayordoma, o maestra de ceremonias...

—¿Qué fue lo que te hiciste?

—Bueno, no. Me hice empresaria, empresaria del ramo.

—Hija, no te dé corte decirlo.

—No, si no me da ningún corte. Lo que pasa es que estaba buscando las palabras justas y mejor proporcionadas. Pues sí, empresaria del ramo... Como título no está mal, y sin haber estudiado más que en la Universidad de la Vida...

Ahora ya ha transcurrido un año y el mercado se ha movido muchísimo, y para que aprecien ustedes hasta qué extremo se ha movido y la magnitud de los esfuerzos que he desplegado, voy a referir tres despropósitos. El primero concerniente a la jerarquía, el segundo a los efectos del alcohol, y el tercero a las huelgas generales en el estado del bienestar.

Una tarde, a la hora de la siesta, tuvimos una visita en una de nuestras casas, una visita previamente anunciada, claro está, y para la que teníamos todo dispuesto. Él llegó con el traje de gala, no se pueden hacer ustedes idea de cómo era. Alto, delgado, vestido de púrpura y con bonete; parecía el cardenal Richelieu. Carolina y Sandra, las contratadas al efecto, que eran jovencitas y procedentes de países extranjeros, se lo rifaron, y todo esto allí, en el recibidor. Cada una se sentó en una de sus clericales rodillas y le pidieron permiso para echarlo a suertes.

—Monseñor, ¿quiere usted que nos lo juguemos al mentiroso?

—Hijas mías, la mentira es uno de los siete pecados capitales, pero adelante y que sea lo que Dios quiera.

Previamente le ungieron con los santos óleos, según se supo con posterioridad, y cuando le quitaron la ropa dijo eso de que los curas, debajo de la sotana, llevamos pantalones, que es algo clásico; se decía hasta en *Celia en el colegio*. De lo que pasó luego no tengo ni idea ni quiero enterarme, pero a lo mejor nos llevábamos una sorpresa, y lo que estuvo muy claro, al menos en aquel rato del recibidor,

fue que el clérigo sabía latín. Los pecados capitales no los sabía, no, esos no, pero de casas de putas conocía todo el vocabulario, debía de haber estado en muchísimas.

Luego, cuando se enteró, la que más se rió fue tía Conchita, se rió tanto que no podía parar, pero es que se acababa de meter entre pecho y espalda media botella de coñac del bueno, que es el segundo de los despropósitos, el del alcohol, aunque todo esto son asuntos menores si lo comparamos con el tercero, que afecta a la nación entera.

A fines de aquel año, unos días después de lo que contaba, hubo una huelga general convocada por los sindicatos, entre ellos el de mi padre. Nuestra empresa no hizo huelga, todo lo contrario, la noche anterior tuvimos *overbooking*. La mitad de los trabajadores del país estuvieron en nuestras diversas casas, y la otra mitad, al día siguiente, en Navacerrada, esquiendo. Como hizo un día buenísimo y ya nadie tiene conciencia de clase –¡qué tontería!, ¿quién cree en esas cosas con la tarjeta en el bolsillo?–, los trabajadores se lo tomaron como día de vacaciones y ya se sabe, sábado sabadete...

EXCURSIÓN AL PUEBLO

Crucita, a los cinco años, un día que volvió del colegio, después de doblar cuidadosamente su chaqueta azul y tras mucha preparación y muchos remilgos de los suyos, fue y me dijo,

–Oye, Maná, y yo..., ¿no tengo padre? –lo que causó que casi se me cayeran las cosas de las manos, de forma que por ganar tiempo contesté,

–Pero, Crucita, mujer, ¿cómo no vas a tener padre...? ¿Tú no sabes que todos tenemos padre?

Crucita arrugó la cara.

–No, ya, pero es que no sé donde está el mío. ¿Lo sabes tú? ¿Está aquí? Porque a lo mejor está escondido...

–No, hija, ¡cómo va a estar escondido!

–Bueno, pues encantado. ¿No está encantado? Porque

una niña del colegio dice que si no le veo es que está encantado –y yo tuve que reprimirme para no echarme las manos a la cabeza y empezar a reír.

Sin embargo, no me pareció lo más adecuado y opté por contarle un cuento. Los cuentos, en ocasiones, son muy socorridos.

–Érase una vez...

–¿Es el cuento de la buena pipa?

–No, mujer ¿Cómo te voy a contar el cuento de la buena pipa? Ese ya lo sabes. Este es un cuento de caballeros andantes y su intachable compañía de escuderos, enanos y nigromantes. Resulta que iba una vez por el campo un caballero andante...

–Oye, ¿qué es eso?

–¿Cuál?

–Pues... negro no sé qué...

–¡Ah! ¿Nigromante?

–Sí, eso.

–Pues un nigromante es un negro que va tapado con una manta.

–¿Sí?

–Pues sí.

–Bueno, sigue.

–Pues resulta que aquel señor, aquel caballero andante, que era así como muy alto, sí, y bastante grande..., y que era..., que era... –y Crucita me interrumpió.

–¡El Rockero!

... y como yo no sabía por donde continuar ni lo que iba a salir de aquello, y la idea no me desagradó, y a ella, al parecer, tampoco, respiré aliviada, cogí al toro por los cuernos..., ¿o me lié la manta a la cabeza...? Pues eso, que como pesarosa y haciendo muchísimas pausas, o sea, como si hubiera sido cogida por sorpresa, le dije, atiendan ustedes, pues le dije,

–Sí, hija, es el Rockero... No te lo quería decir hasta que fueras mayor, y él tampoco..., pero bueno, ya que lo has adivinado..., porque tú eres una niña muy lista, ¿eh?, ¡jo-

lín...! Así que, escúchame bien, como eres tan lista vamos a hacer una cosa. Tú y yo lo sabemos, pero vamos a hacer como que no, ¿vale?, y al Rockero no le decimos nada, ¿eh?, ni una palabra. ¿Tú sabes guardar un secreto?

... y Crucita, después de sopesarlo cautelosamente, adoptó una desusada formalidad y dijo,

–Sí, este sí, pero no se lo decimos ninguna, ¿eh? Tú tampoco... A ver, júramelo.

... y yo levanté la mano y luego le di un beso.

–Pero acuérdate, que tú metes la pata todo el tiempo... – y cuando creí que aquel asunto había quedado momentáneamente zanjado, siguió.

–Oye, ¿y mi madre...? –y yo le dije,

–Qué –y Crucita, con cierta aprensión y mirándome, musitó,

–¿Eres tú...? –y allí ya tuve que soltar la carcajada.

–Pero, Crucita, mujer..., ¡qué cosas dices...! Pero, Crucita, si yo soy tu hermana..., ¿no lo sabes? ¿Tampoco te acuerdas de tu madre?

–¿Mi madre...? ¿La que se murió...? ¿La de la foto...?

–Sí, hija, la de la foto. ¿No te acuerdas de ella? –y Crucita no contestó, se quedó pensándolo un buen rato pero no dijo nada.

Luego agarró el bocadillo, abrió una boca como un buzón, mordió y, con las mismas, salió de la habitación dando saltitos, y cuando se lo conté a Monticola, éste, bastante cabreado, me dijo,

–Joder, tía, vaya embarcadas me metes. ¿Y qué hago yo ahora?

–Pues nada, ¿qué quieres hacer?

–¿Cómo que qué quiero hacer? Si ella piensa que soy su padre..., ¿qué cara le pongo la próxima vez? Parece que me he estado escondiendo todo este tiempo.

... y a mí se me encendió media luz.

–Bueno, si te pregunta algo le puedes decir que es que estás encantado..., y como estás encantado, pues...

–¿Pues qué?

Yo pensé, pero no se me ocurrió nada más.

—Bueno, ¡yo qué sé...!, pero ya sabes cómo son los niños. Inventa tú un cuento, que te das mucha maña... Además, me ha asegurado que a ti no te lo va a decir, es un secreto y hemos jurado guardarlo, así que hazte el loco.

—Sí, claro, joder, inventa tú un cuento, hazte el loco... ¡Qué fácil es decir eso...! ¿Por qué no le has dicho la verdad?

... pero el caso fue que a los pocos días teníamos prevista una de nuestras excursiones al pueblo, adonde íbamos siempre que podíamos, y yo me encargué de que Monticola nos acompañara; mejor dicho, que nos llevara.

—¿Por qué no? Así conoces aquello y a mi abuelo. Mi abuelo es fantástico. No es una persona normal, ni mucho menos. Tiene hidrargirismo latente pero no se le nota nada. Se le cayó todo un cuartel encima y es furtivo, como tú. Además tiene una casa que mide un cuarto de hectárea, bastante más grande que la tuya, de forma que allí no hay problemas de espacio. ¿Qué me dices?

... y lo debí de decir tan bien que Monticola me dijo que sí, que bueno, total, este fin de semana no tengo nada que hacer...

—Oye, si no quieres no vengas, ¿eh? Si vienes es porque te da la gana, no para hacernos un favor —y él se rió.

—No, si me encanta ir con vosotras... —y me cogió por un brazo y me dio uno de aquellos besos en la cara...

Yo creo que fue la segunda vez que lo hizo en toda su vida, y es que a Monticola, a veces, le pasaban unas cosas por la cabeza...

Durante el viaje, Crucita fue en el asiento de atrás hecha una señora. No paró de hablar en ningún momento, y al Rockero, al que observaba con una mirada que me pareció nueva, le dijo todo lo que se le ocurrió. Como era la primera vez que iba al pueblo, ella se encargó de ponerle en antecedentes.

—¿No sabes que mi abuelo es cazador? Usa un... Maná, ¿cómo se dice?

–Trabuco naranjero.

–Eso, naranjero... *Pos* usa un trabuco naranjero, casi se me había olvidado –pero no dejó traslucir el menor signo de saber aquel secreto tan nuevo y perturbador; Crucita la discreta...

Luego, seguramente agotada por las emociones propias de los viajes, se quedó dormida, y a la vista de la cara de preocupación de Monticola, al que se adivinaba inquieto por sus imprevistas responsabilidades, yo me dediqué a divagar sobre temas de actualidad.

–¿No te gusta tu nuevo empleo? Pues no te quejes, que esto no deja de ser una obra de caridad y a mucha gente le gustaría tener como hija a una niña tan guapísima como Crucita, y tan lista y dicharachera; sobre todo tan dicharachera. ¿No te ríes tú con ella? ¡Si no haces otra cosa...!, ¡si se te cae la baba...! Anda, no digas que no que se te nota de sobra..., pero es que, además, la vida es una pura vacilada. Eso me lo has enseñado tú y ahora se te ha olvidado. Lo único que cuenta aquí abajo es de lo que te ríes, ¿no es así?, y esto es algo por el estilo. ¿Por qué no quieres hacerlo...? Y que ella, secretamente, piense lo que tú y yo sabemos, no es ningún delito. Necesita un *páter familiae* y ya lo ha encontrado. ¿No la vas a ayudar? Al fin y al cabo, tampoco te da tanto la lata ni esto va a ser para siempre. Dentro de poco se le olvidará, y entonces...

¿Quieren saber ustedes lo que opinaba Monticola sobre aquel espinoso asunto? Pues no opinaba absolutamente nada. No fui capaz de arrancarle una sola sílaba que hiciera las veces de comentario. Me miró de refilón en un par de ocasiones, un gesto muy suyo, y torció la boca, pero no dijo nada. Siguió conduciendo y, seguramente, discurriendo algún cuento que tuviera visos de verosimilitud por si inopinadamente llegara la ocasión temida...

Llegamos mediada la tarde.

–¿Dónde es?

–Por aquí a la derecha, tira hasta el fondo... Mira, esta es. Para.

–¿Esto? Si parece una fábrica...

–Ya te lo había dicho. ¡Crucita!, que ya hemos llegado – y el abuelo, que nos estaba esperando, apareció en el umbral seguido de dos perrillos que, ante las novedades, movían desenfrenadamente el rabo.

Mi abuelo el furtivo se agachó, dio un beso a Crucita y luego nos miró dubitativamente, allí, bajo los naranjos.

–Este es Monticola. Es amigo nuestro y quien nos ha traído. En realidad se llama Felipe, pero dice que no le gusta el nombre. Monticola, este es nuestro único abuelo – y ellos se dieron la mano en silencio.

Crucita, a la que se le transparentaba la impaciencia, dijo,

–¿No entramos? –y el abuelo, levantándola en vilo y con ella en brazos, añadió,

–¿Sabes qué? Pues que nunca imaginé que pudiera llegar a tener una nieta rubia y de ojos azules; ya ves tú cómo son las cosas.

Entonces entramos a la casa de los 2.450 metros cuadrados escriturados, la de los tres naranjos en la puerta y las trepadoras y el pozo en el patio interior; la de las dos cocinas, una la de matanza; la del cuarto de Crucita..., porque Crucita, como ya se contó, desde la primera vez que fue a aquella casa tenía cuarto propio, y había dormido en él, en lo que llevaba de vida, por lo menos veinte o treinta noches.

–¿Quieres que te enseñe mi cuarto?

–Por supuesto. Vamos allá.

Crucita se llevó a Monticola camino adelante de un inmenso corredor forrado de antiquísimo papel pintado.

–Este es el pasillo.

–Ah, bueno.

El abuelo me miró.

–¿Qué tal el viaje? –y yo, que con mi abuelo siempre había tenido una relación muy filial, aproveché para agarrarme a él.

–Bien, ya no se tarda nada, y Crucita nos ha traído entretenidos.

–No calla, ¿eh?

–No, cuando está a gusto no calla.

Luego me dijo,

–¿Os gusta la liebre?

Yo abrí los ojos y le miré escandalizada.

–¡Abuelo...!

–No, mujer, ya sé que a ti te gusta, pero ¿a tu amigo?

–Sí, a mi amigo también, tanto como a mí; seguramente más. Ahora le preguntamos y ya verás lo que dice.

Hubo una pausa.

–¿De verdad has hecho liebre...? ¡Jo, hace que no como nada de eso...!

–Sí, la hice ayer, en cuanto me enteré de que veníais. Como tenía dos colgando en el pasillo...

Al otro extremo del oscuro corredor se adivinaba el incansable perorar de la nieta pequeña de mi abuelo.

–... y no tengo nada de miedo. Está oscuro pero duermo con una linterna. Así, si pasa algo o me tengo que levantar... Pero a veces me voy a dormir con Maná, ¿eh? Y además tengo un orinal, me lo puso mi abuela... ¡Mira!

Luego fuimos a la cocina, y tal y como era de esperar, el asunto que más interesó a Monticola fue aquel de la liebre. La estuvo observando meticulosamente, y desde varios ángulos.

–¿Y cuándo dice que la ha hecho?

–Ayer.

Monticola, husmeando el viejo y gran plato pintado de colores que tenía en la mano y acababa de salir de la nevera, dijo,

–¿Ayer...? Hummm...

Mi abuelo y Monticola intimaron inmediatamente, claro, como no podía ser de otra forma.

–A mí, lo que me gustaría probar, que no la he comido nunca, es *a pita do monte*.

–¿Eso lo dicen en tu tierra?

–No, eso lo dicen en Galicia. En mi pueblo le llamaban urogallo, pero ya no le llaman de ninguna manera. En mi

pueblo no quedan más que gallinas frías y gallinas sordas, que no sé cuales son peores. Una vez me lié a tiros con ellas desde la ventana de mi casa, pero en el pueblo no les hizo mucha gracia y llamaron a los pelagusos, que vinieron en seguida a ver qué sucedía. Sin embargo, yo les convencí de que acababa de pasar un oso por la calle, y como era en invierno, allí quedó la cosa. A los guardias, que iban con armamento pesado, les invité a una botella de orujo medieval y se la bebieron entera. También es verdad que hacía bastante frío. ¿Qué iba a pasar, si el cabo era colega mío? —y Monticola se extendió durante un rato, según costumbre, sobre lo divino y lo humano.

Luego, por dar gusto a Crucita que nos arrastró, nos sentamos en el patio a beber el espeso tinto que el abuelo guardaba en alguno de los cuartos oscuros, y de paso nos estuvo hablando de sus quehaceres de viudo jubilado.

—¿Qué voy a hacer? Ahora que no está tu abuela me paso el día corriendo por el llano, es donde mejor me encuentro. A los bares casi no voy porque todo el mundo me pregunta cosas de las que no me da la gana de acordarme, pero si queréis, hoy, podemos ir a dar una vuelta a ver a tus viejos conocidos. Pocos quedan ya, pero alguno encontraremos, y les gustará ver a este pimpollo.

... y Crucita, sintiéndose aludida y aprovechando el baile que se traía en mitad del patio de piedra, hizo una de sus reverencias.

—Gracias, abuelo.

—De nada, mujer ¿No estás muy bien educada para tu edad? —y nos fuimos a pasear por el pueblo.

—¿Se acuerda usted, don Miguel, de mi nieta la mayor, la apóstata? ¡Y eso que usted no la quería bautizar...! Oiga, ¿y de la nueva? Esta es legal, y fíjese, ha salido más guapa que la otra. ¿Será verdad eso de que el Espíritu Santo reconoce a los suyos? —y mientras decía esto, el abuelo le daba a Monticola por detrás con el codo.

Don Miguel, que tendría unos setenta años, se estaba metiendo una copa de viña ardanza, iba de polo de cocodri-

lo y pasaba por ser el más antiguo de los curas del pueblo, seguramente el que, en tiempos ya lejanos, no quiso bautizarme, le dijo,

—¡Quite usted allá, don Cochurero, quite usted allá! ¡Pues no se remonta usted lejos! Pelillos a la mar, ¿no le parece? Aquí..., ¡alegría y unas copas!

Luego me miró y dijo,

—¿Cuántos años tienes, niña? —y yo contesté,

—Veinticinco..., y gracias.

El cura del cocodrilo se colocó una mano tras la oreja.

—¿Gracias por qué?

—Pues gracias por lo de niña, claro. ¿No le dice usted nada a mi hermanita? Ella sí que es guapa...

Yo creo que aquello ya no lo entendió nadie. Monticola puede que sí, si hubiera estado atendiendo, pero como Monticola era muy disperso y los curas no le llamaban la atención, estaba mirando atentamente el local; lo contempló por todos sus costados.

—Qué, ¿te gusta?

—Sí, por supuesto. Bóvedas de cañón, paredes ahumadas, contraventanas viejas, mesas verdes y revueltas, lámparas de minero..., ¡y este ambiente del dominó! Me parece que algún día voy a montar un bar parecido. Tendría mucho éxito en la capital, irían todos los pijos; todo es cuestión de subir los precios.

... y como fuera que yo aquello ya lo tenía muy oído, subí a Crucita a la barra, ven, sube, ¿qué tal?, a ver qué hacía, y ella, con cinco años, se puso a gatear como me contaron que lo hacía yo veinte años antes.

—¿Somos hermanas, hermanita? Sí, yo creo que sí... ¿No quieres un poco de pisto? Aquí lo ponen de tapa. ¡Mira, que la señora te da chorizo...!

Pues sí, aquella fue una noche rara. Lo que pasa es que no sucedió nada de cuanto he narrado porque lo anterior ha sido un trampantojo. Ocurrieron cosas parecidas, sí, puesto que en este planeta estamos todos locos, esa es una de las pocas cuestiones que no admite discusión, y aunque no nos

referimos a nada de lo que he contado, sino a todo lo contrario, tal sucede porque el Universo es inaprensible y está lleno de fenómenos incoherentes. Hablamos... de *lo que sería tedio escribir*. Yo subí a Crucita a la barra, por supuesto, y Monticola estuvo mirando el local, eso también, y conversando hasta la saciedad con el abuelo de su común pasión, la caza..., simple ballestería o física nuclear, vayan ustedes a saber, y sus últimas palabras, palabras de Monticola, o del abuelo, porque eran tal para cual, seguramente hubieran sido: ... *el cual espero en Nuestro Señor que será la mayor honra de la Cristiandad que así ligeramente haya jamás aparecido. Estas son finales palabras del Almirante D. Cristóbal Colón, de su primer viaje a las Indias y al descubrimiento dellas*¹.

DISERTACIÓN SOBRE EL PAPEL DE LA LITERATURA

Los protagonistas de los cuentos tienen el cuerpo hecho de sopa de letras, sí, y no sólo los protagonistas, también los personajes secundarios, el leñador y la bruja del bosque y tantos otros; los animales de sus corrales y los lugares en que todo aquello sucede, los bosques y los paisajes y hasta el fondo del mar, todo está hecho de sopa de letras. Los cuentos que yo he leído son una pura sopa de letras, no hay más que ver las páginas un poco de lejos, y esto es así porque sucede un fenómeno inexplicable y que voy a intentar aclarar. Los ojos de la cara ven letras, sí, pero los ojos de la mente..., fíjense ustedes, los ojos de la mente no ven letras sino que ven caras, ven cuerpos, ven paisajes y nubes y objetos de todo tipo... ¿No es esto precisamente la magia?

En mis cuentos yo he visto mil y una máquinas y entidades. Ranas verdes, brujas, leñadores, barcos de tres palos, hermanos perdidos en un bosque, cielos estrellados, bellas

¹ Efectivamente, estas son las palabras finales del primer viaje, en *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, relación de Cristóbal Colón compendiada por Fray Bartolomé de las Casas.

durmientes, y sin embargo sólo veía letras, igual que ve usted, quien me mira. Son los caprichos y las ilusiones de la mente, lo que sucede cuando nos adentramos en el reino de los pensamientos encantados, lo que nos sugieren las infinitas sopas de letras que danzan en el Universo, incluida la de pasta. A mí antes no me gustaba mucho, bueno, no me gustaba nada, eso de los fideos no se ha hecho para mí, voy a decir la verdad, los macarrones sí, ¡mmmmh...!, ¡están buenísimos!, pero las sopas..., y entonces un día Maná me dijo,

–A ti, que tanto te gustan las letras, ¿te gustarán más las sopas de letras que las de fideo cabellín? Dime, niña, ¿tú crees que te gustarán las sopas de letras?

... y yo, que nunca había visto una sopa de letras, las he visto después, dije,

–Pues no sé; a lo mejor sí.

... y cuando la probé me di cuenta de que se pueden poner los nombres, el mío, por ejemplo, y el de usted que me lee, Pepe, Roberto, Marisa, Federica... Yo tuve una amiga que se llamaba Federica. Me traía chupa-chups con cromó, pero hace mucho tiempo que no viene por aquí.

–Maná, ¿dónde está Federica? Hace mucho que no viene a vernos –y Maná me dijo que se había ido al Congreso.

–Sí, un señor que se hizo amigo suyo la colocó en el Congreso, en el bar. Como servía muy bien las copas, el señor pensó que allí podía estar bien y así no tenía que venir a trabajar aquí, que le quedaba algo lejos, así que ahora está allí, pero si quieres le digo que un día venga a verte.

–¿Tú crees que querrá?

–Sí, mujer, ¿cómo no va a querer? Pero ahora acábate la sopa y no hablemos más –y ella se puso y se la tomó en un momento.

¡Hay que ver con qué facilidad comen sopa los mayores!, y como a mí me costaba, Maná me dijo,

–Si eres capaz de acabarte esa sopa... y otras cien..., te compro un perro para que te haga compañía.

–¿Un perro? ¡Huy, sí, qué bien...! Oye, pero ¿qué perro?

–Pues el que a ti te guste. ¿Qué perro te gusta a ti?

—¿A mí? Pues el de Rosana... No, mejor como el de Alicia; ese sí que es guapo.

—¿Es grande?

—¿Grande...? No, es mediano, y blanco, y está todo el tiempo dando saltos. Además, nada y bucea.

—¿Bucea?

—Sí, en la piscina de su abuelo. Un día su padre le ató un palo a una cuerda que al otro extremo tenía una piedra... ¿Tú lo entiendes?

—Pues claro, hija. ¿Por qué no lo voy a entender?

—Bueno, pues echó la piedra a la piscina, y como la cuerda era corta el palo se quedaba por debajo del agua...

—Ya.

—Bueno, pues entonces, el perro de Alicia, que lo que quería era el palo, estuvo toda la tarde buceando. Se tiraba al agua, buceaba un poco, lo cogía con los dientes e intentaba sacarlo, pero se cansaba en seguida porque estar todo el rato nadando es muy cansado, y salía. Subía por la escalera, se ponía en el borde, se sacudía y daba la vuelta a toda la piscina llorando y mirando al palo, y en seguida se volvía a tirar y hacía otra vez lo mismo. Pues así está todas las tardes, me lo ha dicho Alicia. Lo que pasa es que aquí no tenemos piscina.

—Bueno, pero un día le llevamos a que vea el mar, y a lo mejor le gusta y se mete.

—¡Eso! Y si no, a un río. Por aquí hay ríos, ¿verdad?

—Sí, hay muchos, pero antes..., ya sabes cual es el trato. Total, que para conseguirlo me comí cien sopas de letras, y para que no se le olvidara le decía,

—Oye, pero tú te acuerdas del perro, ¿verdad?

... y Maná, siempre que se lo recordaba, se reía.

—Sí, mujer, ¡cómo no me voy a acordar! Venga, rebaña ese plato y ya sólo te faltan cuarenta.

—¿Cuarenta...? ¡Jo!, es que son muchas. ¿Cuándo se cumplen las cuarenta?

—Pues no sé, para Navidad. Fíjate, ¡en Navidad tendrás tu perrito!

... y yo..., bueno, pues me las tragaba. Durante aquella temporada comí tanta sopa que luego, de mayor, no he vuelto a probarla, aunque, eso sí, Maná me compró el perro que yo quería.

Era guapísimo. De pequeño era como uno de mis peluches, sólo que se movía, daba saltos y ladraba con su vocecita. Luego creció y ya no le dejé echarse en mi cama. Un día le coloqué una alfombra vieja en el suelo y le dije,

–Tú duermes aquí, que ya no cabemos los dos.

Al principio no quería, pero en seguida lo entendió, en cuanto le hice bajarse varias veces y echarse en su alfombra. Se quedaba allí mirándome, con cara de paciencia, pero luego se dormía y se le olvidaba. Lo que pasaba es que cuando yo entraba de improviso en mi cuarto siempre le cogía.

–Oye, que te he visto, ¿eh?, perro malo. Estabas echado en mi cama y eso no se hace –y yo hacía ademán de ir a pegarle y él se daba la vuelta y se ponía con las patas hacia arriba porque quería jugar.

Yo le decía,

–Oye, perro malo... –y una vez me quedé pensándolo.

–¿Por qué te llamo yo perro malo? Tú deberías tener nombre. Maná, ¿sabes qué?

–No, qué.

–Pues que no le hemos puesto ningún nombre al perrín.

–¡Anda, es verdad! Pero se lo tienes que poner tú, que es tuyo.

–¿Y cuál le pongo?

–No sé, mujer, piensa alguno. ¿Qué perros conoces tú?

–Pues a Pluto...

–¿No conoces más?

–Sí, a Milú.

–Bueno, pues ya sabes dos. Piensa otros y luego decides –y estuve bastante tiempo pensándolo.

El perro de Alicia se llamaba Caín, pero a mí no me gustaba.

–Oye, ¿quién le ha puesto el nombre a tu perro? –y Ali-

cia me dijo que su padre.

—Es que de pequeño se comió a un hermano suyo y por lo visto tiene algo que ver, pero no es malo, ¿eh? Es muy simpático. Si se lo comió, seguro que fue porque le quitaba la comida.

De todas formas, Caín no me gustó. El mío es muy tranquilo y todavía no se ha comido a nadie... Bueno, sí; cuando era pequeño se comió un pollito que me trajo Quimera. Era un pollito de esos muy pequeños. Era amarillo, piaba mucho y corría de un lado a otro, pero sólo duró una tarde. Cuando volví del colegio sólo quedaban unas cuantas plumas, y el perro malo estaba escondido debajo de la cama y me costó mucho sacarle de allí.

—Ven aquí, perro malo. ¿Por qué has hecho eso?

... pero mi pobre perro estaba muy asustado y no quería ni mirarme, así que le di un par de cachetes y dejé que se volviera a esconder; hasta el día siguiente no volvió a aparecer. Seguro que también fue por la comida, como el de Alicia, es ley de vida, y entonces se me ocurrió preguntar una cosa.

—Oye, Maná, ¿cómo se llama el que mata pollos?

... pero Maná, que aquel día debía de estar un poco nerviosa porque mordía el bolígrafo, me dijo,

—No sé. Llama al Rockero, que lo sabe todo.

Yo le llamé y él me dijo,

—¿Que cómo se llama el qué?

—Pues el que mata pollos. Es que mi perro ha matado a un pollito que me había regalado Quimera, y como tengo que ponerle un nombre... —y él me dijo,

—Pues no sé. Se llamará matarife, o degollador, o pollicida —y me dijo más nombres pero ninguno me gustó, y así estuve hasta el día en que, mientras estaba comiéndome un helado, se me ocurrió.

Yo pasé la lengua por el helado mientras dejaba que la mirada vagara por el horizonte, y de repente me vino.

—Oye, Maná, ya sé cómo quiero que se llame el perro.

—¿Sí? A ver, cómo.

–Pues quiero que se llame Tutifruti –y Maná se rió.

–¿Tutifruti? Bueno, ¿no será un poco largo?

–No, está bien.

–¿Tú quieres que se llame así?

–Sí.

–Pues ya está. Tutifruti, ya tienes nombre. ¿Tú crees que lo entenderá...? Tutifruti, ven aquí.

... y Tutifruti, que estaba distraidísimo porque estaba oliendo a conciencia un alcorque urbano, vino a todo correr y de un salto se subió encima de Maná que estaba sentada en un banco comiéndose su helado. Como llegó tan deprisa no le dio tiempo a frenar y metió toda la nariz en la bola. Se quedó entero pringado, pero le debió de saber muy bien porque en seguida se relamió los morros y luego estornudó. Luego bajó al suelo y se sentó a esperar a que Maná le diera más. La miraba tan suplicante que Maná, que se había quedado la pobre sin helado, porque no te lo vas a comer cuando ya lo ha chupado el perro, se lo dio. Primero le dio la bola y luego el barquillo. Yo le dije,

–Toma el mío, nos lo comemos a medias –pero ella no quiso.

–No, hija, si me da igual, si ya no quería más –y al final me lo comí yo todo pero me quedó un poco de cargo de conciencia, sí, porque mi perro, al principio, era muy lanzado, aunque yo le eduqué; me costó bastante, pero ahora ya está perfectamente amaestrado. Cuando vamos a algún sitio le digo,

–Oye, aquí no mees, ¿eh? –y no mea, se aguanta hasta que salimos.

En realidad tiene muchas ganas de hacerlo, porque como es tan guapo, todo lleno de rizos blancos, la gente le pasa mucho la mano por el lomo, y los perros, cuando los acarician, se ponen muy así y se les afloja todo, hasta la voluntad, pero él se aguanta, y cuando ya no puede más se pone a dar saltos, es su forma de expresarse. Cuando Tutifruti se pone a dar saltos, mala señal. Eso es que a continuación se va a meter detrás de unas cortinas o debajo de un sofá, y

allí, como se cree que no le ve nadie, pues hala. Lo más seguro es que cuando nos hayamos ido la gente diga,

—Vaya con el perrito, y parecía tonto. Trae la fregona que..., ¡hay que ver...! Echa mucha lejía.

... pero a mí nadie me ha dicho nada, seguramente porque no se atreven, porque estos temas son delicados. ¿Sabes que tu perro anda medio flojo de la próstata? ¡No, cómo me van a decir semejante cosa!, yo soy muy pequeña y no sé lo que es eso. La gente disimula y ya está, y cuando te los vuelves a encontrar, como suele hacer bastante tiempo, no se acuerdan de nada y te preguntan otras.

—¿Estudias mucho?

—Sí, claro, soy la tercera de la clase.

—¿La tercera...? Vaya, eso sí que está bien. ¿Quieres mendrar?

—Bueno.

... y ahora voy a dejar que hable un poco mi hermana.

—Maná, ¿quieres contar algo tú también?

—Sí. Si quieres les contamos a estos señores el cuento de la niña que viajaba en el tren.

—¡Eso, eso!

—Pero tú ya lo sabes.

—Bueno, pero no importa. Tú cuéntalo.

—Pues escucha, era aquella niña de la que hablamos...

—Oye, pero tú tócame la cabeza.

—¿Así?

—Sí, así.

—Bueno, pues, ¿dónde dejamos la última vez a la niña que iba en el ferrocarril? ¿Estaba dentro del túnel?

—No, ya había salido. Ahora iba por las estepas de Castilla La Mancha y por la ventanilla veía molinos de viento.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo! El tren se había detenido en una estación, y la niña que viajaba en él había bajado al andén a comprar el periódico.

—¿El periódico? La otra vez me dijiste que pipas.

—Bueno, hija, pero eso no importa. Además, iba a comprar las dos cosas. Ya que compraba pipas, como era en el

kiosco, compró también el periódico para enterarse de los diversos sucesos que acontecen a lo largo y ancho del mundo. La niña tenía que estar informada porque ella y su tía Conchita tenían salones de té.

—¿También tenía una tía que se llamaba Conchita?

—También.

—¿Y sólo tenían salones de esos?

—No. Además tenían academias y talleres.

—¿Academias de vestidos?

—Sí, y de buena educación. Eran unos pisos muy grandes y llenos de muebles en donde se explicaba a los alumnos las normas mínimas para desenvolverse en la sociedad en la que, de repente, les había tocado vivir.

—¿No sabían?

—Pues no. Como no se lo habían explicado de pequeños, como a ti, luego, de mayores, no lo sabían y se confundían todo el rato. Cuando el Rey los invitaba a comer cogían la comida con los dedos, y al llevársela a la boca les chorreaba toda la salsa por la cara y se manchaban enteros, la ropa y todo, y los manteles, fijate tú, ¡los manteles del Rey...! La Reina, la pobre, no sabía qué cara poner..., de forma que nos ha tocado ponernos a trabajar por ver de remediar las múltiples carencias existentes.

—¿Que qué?

—Pues que no nos ha quedado más remedio que entrar de lleno al trapo de la restauración.

—Oye, pero... los que van a esas academias os pagan, ¿no?

—Sí, claro, ¡cómo no nos van a pagar!

—¡Ah, bueno!

—¿De qué crees que comes tú? Pues del dinero que nos pagan esos señores.

—¿Sí?

—Pues claro, mujer —y a Crucita, por un momento, se le pintó cara de preocupación.

—Oye, pues cuando tú seas mayor ya trabajaré yo, ¿eh? —y yo me reí.

–Bueno, hija, sí, te lo agradezco. ¿Quieres que siga con el cuento?

–¡Pues claro!, pero tócame la cabeza –y yo seguí con mi historia.

–Pues resulta que en aquel tren viajaba mucha gente. Viajaban arrieros y viajaban deportistas. Viajaban monjas y viajaban cardenales. Viajaban guardias civiles, de los de paisano, y cazadores de osos...

–¿De osos? ¿Sí?

–Pues sí, y de ballenas. También había perros y gatos, y un gallo con sus gallinas que se llamaba Paladín, y los días de mucha fiesta, cuando el tren paraba en alguna estación importante o se celebraba algún acontecimiento sonado, porque aquel era un tren que iba lejos, muy lejos, tan lejos o aún más que el expreso de oriente o el fabuloso transiberiano, el maquinista y el fogonero venían a hacernos compañía. El maquinista tenía las cejas quemadas por las chispas del carbón y era como de la mediana edad. Siempre llevaba la cara negra del hollín y el buzo astroso de la aceitera...

–¿Aceitera o engrasadora?

–Diga usted lo que guste.

... pero el fogonero no, ¿eh?; el fogonero era un moce-tón rudo y aguerrido de los que llaman *boys*. Yo no sé por qué les llaman *boys*. *Boys* eran los bichboys, esos sí; además se pasaban el día en la playa tomando el sol, y cantaban de película porque sus padres eran profesores de música; eso son *boys*. Estos de ahora, con su brunisol y su gominina, parecen locutores de las televisiones de arrabal. Seguro que trabajan en algún gimnasio y por la noche se sacan un sobresueldo dando saltos *in puris naturalibus*. A las mujeres que siempre estuvieron reprimidas les gusta mucho sentirse putas un cuarto de hora, pero eso es porque ellas no conocieron a los bichboys. Sin embargo, qué le vamos a hacer. Nadie es perfecto. Yo he montado una academia de buena educación pero no de gustos particulares. La estética es una ciencia demasiado subjetiva para entrar en ella y esa forma de hacer las cosas no se puede enseñar a las personas

mayores, tienes que conocerlo desde que eres pequeña, ¿no? ¿Tú lo sabes? –pero Crucita no contestó porque hacía mucho que estaba durmiendo.

Yo levanté cautamente la mano que tenía en su cabeza y ella rebulló un instante. Crucita estaba en el mejor de los sueños, y con todo cuidado la levanté en vilo y la llevé a la cama. La casa estaba muy silenciosa y sólo las voces de su espíritu me contaban lo que sucedía, porque yo soñaba y soñaba. Mientras Maná me llevaba por el pasillo yo soñaba, y cuando entramos en mi cuarto, que Tutifruti se tiró des-pavorido de la cama y se echó en su alfombra como si en la vida hubiera roto un plato, seguía soñando, y luego, cuando Maná abrió la cama, me quitó algo de ropa, me echó y me tapó, seguía haciéndolo. ¡Mi sueño era más bonito...!

Una vez el Rockero llevó en la moto a Tutifruti. Maná y yo íbamos en el coche, yo atrás pero lo vi todo, y Tutifruti fue todo el camino ladrando como un desesperado, ladraba a todo, hasta a los guardias, y cuando llegamos se bajó como mareado y se puso a hacer esos. El Rockero me dijo que era porque para los perros la nariz es como para nosotros los ojos.

–Fíjate, ir a cien por hora... Resulta que el aire te entra por las narices a presión, y hueles tantas cosas y tan deprisa que no sabes a qué carta quedarte. Es como si tú fueras en la montaña rusa a mil por hora. No verías nada. ¡Todo sería un tobogán de colores...!

... de forma que a la vuelta le trajimos en el coche y por el camino fue pensando en su experiencia pasada, lo sé por la cara que ponía al mirar por la ventanilla. Me miraba a mí, que estaba allí, a su lado, en el asiento de atrás, y luego miraba hacia la ventanilla con cara de pena...

–Tú me llamas Tutifruti pero yo te llamo Bienmesilbas, señora de Bienmesilbas, rubiales patrona mía. ¡Vaya viaje me ha proporcionado el vehículo de tu amigo! Los colores del cuero y el tabaco que señorean esta máquina son otra cosa. Tú también tienes bonitos colores, hueles a niña pequeña y a jabón del pelo, y la gran señora que nos lleva en

su vehículo huele a colores pastel; todo es tan difuso... Sin embargo, lo que sucedió esta tarde fue distinto. ¡Tenías que haber olido lo que olí yo! Las centellas violetas y los rayos colorados, las superficiales exhalaciones de la materia... ¡Si yo pudiera contártelo...!

... pero Tutifrufruti no podía contármelo y se quedó con las ganas. Me miró desesperadamente pero yo no le entendí del todo, sólo le entendí un poco, porque, ¡qué difícil debe de ser eso de ver con la nariz! Nosotros, con los ojos, vemos colores, pero los perros, con la nariz, huelen... ¿Qué huelen los perros con la nariz? ¿Aromáticas sinfonías y armónicos y policromados paisajes olorosos? ¿Fragantes panoramas y balsámicas y perfumadas vistas tridimensionales...? ¿Ven los perros fragantes panoramas y balsámicas y perfumadas vistas tridimensionales? Pues es casi seguro. Eso fue lo que me quiso explicar Tutifrufruti, aunque yo no tenga las palabras necesarias para ilustrarlo con acierto, y cuando llegamos a casa, al bajarnos del coche, él, claro está y como hace siempre que no va atado, en cuanto vio abrirse la puerta salió disparado hasta la acera de enfrente sin mirar si venían coches ni nada. Salió disparado, llegó a la acera de enfrente y se puso a oler todos los árboles. Bueno, es lo que hace siempre. Cualquiera día le va a pillar un coche. Por aquí no pasan casi coches pero algún día le va a pillar alguno, lo sé seguro, y Maná se enfadó un poco.

–¡Crucita, ese perro! Llámale –y yo le silbé.

Ya saben ustedes en qué consiste eso. Me metí dos dedos en la boca y venga, ¡fuuuuuuuit...!, ¡fuuuuuuuit...! Da mucho gusto hacerlo, mira todo el mundo. Mis extemporáneos silbidos llaman la atención, son la envidia de mis compañeras y la gente se sobresalta cuando lo hago. Aquella vez, aunque era casi de noche, resultó que pasaban por allí un niño y su padre cogidos de la mano. El niño era pequeño, como de seis años o así, y se me quedaron mirando. Entonces el padre cesó en su paseo y le dijo,

–Mira qué bien silba esa niña. ¡A ver si aprendes!

... y el niño se quedó muy pensativo, se quedó como ale-

lado, y cuando pasó junto a mí, porque ellos siguieron adelante, me miró, arrugó la cara y me sacó la lengua. Esa es la reacción del impotente. En el colegio también lo hacen, aunque a mí no me importa; mientras no me den una torta o me escupan me da igual. La mayoría de los niños, cuando van de paseo, van cogidos de la mano de su padre y procuran no soltarse. A las niñas, en cambio, tienen que perseguirnos porque nos escapamos en cuanto podemos. Las mujeres estamos mucho más vivas, no hay color, no lo ha habido nunca.

* * *

Uno de aquellos días, o de aquellos meses, me encontré a Adela de recepcionista de una sala de juegos. Yo iba con tía Conchita, que era muy aficionada a tirar el dinero de aquella manera, como puede que recuerden algunos de ustedes. Yo a veces la acompañaba, y al entrar, ¡zas!, Adela. Ella me iba a pedir el carnet, como hacen con todos, y cuando me miró..., se quedó muda y paradísima sin saber qué decir, pero yo no. Yo pegué un respingo y solté lo primero que se me ocurrió.

—¡Adela...! Tú..., ¡anda! Pero tú, ¿no habías estudiado no sé qué...? —y Adela me miró como avergonzada.

—Sí, pero ya ves...

Yo me quedé pasmada, y acto seguido me metí en la garita en donde estaba y le di un montón de besos, y como no sabía qué decirle me salió el tonillo de cuando éramos jóvenes.

—¡Jo, tía, lo que menos me podía imaginar! —y en seguida vino un señor de uniforme a ver qué sucedía, pero yo le dije—. Es que es Adela, mi amiga del colegio. ¡Hace once años que no la veía!

—Sí, pero usted no puede estar aquí —y me tuve que salir, pero no entré en aquella sala a hacer compañía a tía Conchita; me quedé allí, con mi amiga, y cuando no había gente en la fila estuvimos hablando de lo que nos dejaron.